

BAJO EL CIELO  
DE AZÚCAR  
EN UN SUEÑO  
AUSENTE

SEANAN McGUIRE

Traducción de María Pilar San Román

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Wayward Children Trilogy: Beneath the Sugar Sky / In an Absent Dream*  
Derechos negociados a través de Books Crossing Borders y Ute Körner Literary Agent.

Ilustraciones interiores de Rovina Cai.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2018, 2019, Seanan McGuire  
© de la traducción: María Pilar San Román, 2022  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1362-629-1  
Depósito legal: M. 235-2022  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

# BAJO EL CIELO DE AZÚCAR



*Para Midori,  
cuya puerta está esperando*



*Azúcar, harina y canela no te hacen de una casa un hogar,  
sí unos muros de galleta, usando hueso para endulzar.  
Leche, huevos y mantequilla, y nata batida añadirás.  
Vamos a hornear un castillo, y la reina quizás volverá.*

Canción infantil para jugar a las palmas (Dulcería)



PARTE I

# LOS ESPACIOS VACÍOS



## De nuevo en casa

Los niños siempre se han caído en las conejeras, han atravesado espejos o han sido arrastrados por riadas intempestivas o tornados. Los niños siempre han *viajado* y, como son jóvenes e inteligentes y están llenos de contradicciones, no siempre han restringido sus viajes a lo posible. La edad adulta trae consigo limitaciones como la gravedad, la linealidad del espacio y la idea de que la hora de acostarse es algo real y no un toque de queda que alguien se ha sacado de la manga. Los adultos siguen pudiendo caerse por conejeras e introducirse en armarios encantados, pero eso les sucede cada vez menos a medida que van cumpliendo años. Tal vez sea una consecuencia natural de la vida en un mundo en el que la cautela es un rasgo necesario para sobrevivir, en el que la lógica desgasta el potencial para algo mayor y mejor que lo obvio. La infancia se va esfumando y las fantasías son sustituidas por normas. Los tornados matan a la gente, no la arrastran a mundos mágicos. Los

zorros parlantes son un síntoma de fiebre, no guías enviados para que emprendas una aventura maravillosa.

Pero los niños, ay, los niños... Los niños siguen a los zorros, abren los armarios y figonean bajo los puentes. Los niños trepan a los muros y se precipitan en los pozos, y corretean por el filo de lo posible hasta que a veces, solo a veces, lo posible se rinde y les muestra el camino para ir a su hogar.

Convertirte en el salvador de un mundo lleno de magia y maravillas cuando aún ni has cumplido los catorce no es la mejor manera de aprender a ser precavido, en la mayoría de los casos, y muchos de los niños que se caen por los resquicios del mundo en el que nacieron se encontrarán un día abriendo la puerta equivocada, atisbando por el ojo de la cerradura erróneo, y de vuelta en donde empezaron. Para algunos, esto es una bendición. Para algunos, es fácil olvidar las aventuras y los sucesos imposibles del pasado, elegir la cordura y previsibilidad y el mundo al que estaban destinados al nacer. Para otros...

Para otros, el aliciente de un mundo en el que sí que encajan es demasiado grande para poder escapar a él, y se pasarán el resto de la vida intentando forzar ventanas y atisbando por cerraduras, tratando de encontrar el camino al hogar. Tratando de encontrar la puerta adecuada que los lleve allí, pese a todo, pese a lo improbable del asunto.

A veces a sus familias les puede costar comprenderlos, a estos niños que han regresado tras agotar su milagro. A quienes nunca tuvieron su propia puerta les parecen mentirosos. Les parecen soñadores. Les parecen... enfermos a los benévolos, y simplemente locos a los crueles. Hay que hacer algo con ellos.

Algo como internarlos en la Residencia para Niños Descarriados de Eleanor West, una escuela para quienes se han ido, han regresado y confían en partir de nuevo, cuando el viento sea propicio, cuando las estrellas brillen, cuando el mundo recuerde cómo apiadarse de quienes sienten nostalgia o están perdidos. En la residencia pueden vivir en compañía de sus iguales, si es que realmente se puede considerar que tengan iguales: pueden estar con otros que también comprenden lo que significa tener cerrada la puerta que los separa de su hogar. Las reglas de la escuela son sencillas. Sanar. Mantener la esperanza. Y, si puedes, encontrar el camino de regreso al lugar donde sí encajas.

Vendedores, visitas y curiosos abstenerse.



## Una puerta se abre, otra se desquicia

El otoño había llegado a la Residencia para Niños Descarriados de Eleanor West de la manera habitual: con hojas tornando de color, hierba marchitándose y el perpetuo e intenso aroma a lluvia inminente flotando en el aire; la promesa de una nueva estación aún incumplida. Las zarzamoras al fondo del prado medraban cargadas de frutos, y varios alumnos pasaban las tardes con cubos en las manos, tiñendo de morado sus dedos y sosegando sus corazones frenéticos.

Kade estaba comprobando que las ventanas estuvieran bien selladas, una por una, poniendo masilla en los puntos donde parecía probable que la humedad se colara, con un ojo en la biblioteca y el otro en el cielo.

Angela también estaba observando el cielo, a la espera de un arcoíris, con los zapatos ordinarios en los pies y los encantados colgados al hombro, los cordones atados con esmero en un complicado nudo. Si luz y agua se combina-

ban justo de la manera correcta, si el arcoíris tocaba el suelo donde ella pudiera alcanzarlo, se marcharía, corriendo a todo correr hasta llegar a su hogar.

Christopher, cuya puerta se abriría —si alguna vez llegaba a abrirse de nuevo para él; si alguna vez él llegaba a encontrar el camino de regreso al hogar— el Día de los Muertos, estaba sentado en la arboleda de detrás de la casa, tocando melodías cada vez más complejas en su flauta ósea, tratando de prepararse para el momento de decepción, cuando la puerta no apareciese, o de abrumador júbilo, cuando la Chica Esqueleto lo llamara para que regresase al que era su lugar.

Así era por toda la escuela, cada alumno se preparaba para el cambio de estación de la manera que se le antojaba más apropiada, más reconfortante, con más probabilidades de permitirle arrostrar el invierno. Las chicas que habían ido a mundos de naturaleza estival se encerraban en sus cuartos y lloraban, contemplando el espectro de otros seis meses atrapadas en su mundo natal que, en algún momento, entre un instante y el siguiente, se había convertido en una prisión; otras, cuyos mundos eran lugares de nieves perpetuas, cálidas prendas de piel, ardientes lumbres y ponche caliente, dulce y especiado, se regocijaban, imaginándose su propia oportunidad de encontrar el camino de regreso abriéndose ante ellas como una flor.

La propia Eleanor West, una dinámica anciana de noventa y siete años, que podría haber pasado por una mujer de sesenta y bastantes —y que con frecuencia pasaba cuando tenía que relacionarse con personas ajenas a la escuela—, caminaba por los pasillos con ojos dignos de un carpintero, examinando las paredes en busca de señales de

combaduras y examinando los techos en busca de señales de podredumbre. Cada pocos años era necesario recurrir a albañiles para mantener el lugar en buenas condiciones. Ella odiaba el trastorno consiguiente. A los alumnos no les gustaba fingir ser delincuentes ordinarios, a quienes sus padres se habían quitado de encima por provocar incendios o romper ventanas, cuando en realidad se los habían quitado de encima porque habían dado muerte a dragones y se habían negado a admitir lo contrario. Las mentiras les parecían mezquinas y nimias, y a ella se le antojaba normal que ellos se sintieran así, aunque sospechaba que cambiarían de opinión si aplazaba las tareas de mantenimiento y a alguno se le caía un trozo de yeso encima.

Equilibrar las necesidades de los alumnos con las necesidades de la propia escuela era una tarea pesada, y Eleanor West añoraba el regreso a Sinsentido y la despreocupación que sabía le esperaba más adelante en algún lugar, en el glorioso país del futuro. Al igual que los muchachos que tenía a su cargo, ella había estado tratando de regresar a su hogar desde que alcanzaba a recordar. A diferencia de la mayoría de ellos, sus esfuerzos se habían medido en décadas, no en meses... y, a diferencia de la mayoría de ellos, había sido testigo de cómo docenas de viajeros encontraban el camino de regreso a su hogar, mientras que ella seguía en este mundo, incapaz de seguirles, incapaz de hacer nada salvo llorar.

Eleanor pensaba a veces que ese podía ser el único elemento de magia verdadera que este mundo poseía: que tantos niños hubieran encontrado el camino de vuelta a su hogar mientras estaban a su cargo y que, sin embargo, ni un solo progenitor la hubiese acusado de irregularidades ni

hubiera tratado de que se abriese una investigación sobre la desaparición de sus amados vástagos. Ella sabía que ellos los habían querido; había oído llorar a padres y tomado de la mano a madres que miraban estoicamente hacia las sombras, incapaces de moverse, incapaces de digerir la magnitud de su pesar. Sin embargo, ninguno de ellos la había llamado asesina ni exigido que el centro cerrase las puertas. Ellos lo sabían. Una parte de ellos lo sabía, y lo había sabido mucho antes de que ella se presentase con los impresos de admisión en la mano, sabía que sus hijos solo habían regresado a su lado el tiempo suficiente para despedirse.

Una de las puertas del pasillo se abrió y por ella salió una chica, concentrada en su teléfono. Eleanor se detuvo. Los encontronazos eran situaciones desagradables que debían evitarse en la medida de lo posible. La muchacha se giró hacia ella, todavía mirando la pantalla.

Eleanor golpeó el suelo con la punta de su bastón. La chica se detuvo y levantó la vista; manchas de rubor colorearon sus mejillas cuando por fin se dio cuenta de que no estaba sola.

—Esto... —dijo—. Buenos días, señorita West.

—Buenos días, Cora. Y, por favor, llámame Eleanor, si no te importa. Podré ser vieja, y cada día más, pero yo nunca fui un fiasco, sino más bien todo un éxito, en los lugares que solía frecuentar\*.

Cora pareció perpleja, algo nada extraño entre los nuevos estudiantes. Todavía estaban adaptándose a la idea de

---

\* La autora juega con el doble sentido de la palabra inglesa *miss*, que significa tanto «señorita» como «fallo, fiasco». (*N. de la T.*)

un lugar donde la gente los creería, donde decir cosas imposibles solo les ganaría un encogimiento de hombros y otro comentario sobre algo asimismo imposible, en lugar de una pulla o una acusación de locura.

—Sí, señora —alcanzó a decir Cora.

Eleanor se tragó un suspiro. Cora terminaría por asimilarlo. Si no lo lograba por sus propios medios, Kade tendría que hablar con ella. Kade se había convertido en la mano derecha de Eleanor desde la muerte de Lundy, algo que habría hecho sentir mal a Eleanor —todavía era un crío, debería haber estado correteando por los prados y trepando a los árboles en lugar de cumplimentando papeleo y diseñando planes de estudio—, de no haber sido porque Kade era un caso especial, y ella no podía negar que necesitaba ayuda. Con el tiempo, él sería quien dirigiese la escuela. Le convenía empezar a prepararse ya.

—¿Qué tal?, ¿te encuentras ya a gusto en la escuela, cielo? —preguntó.

A Cora se le iluminó el rostro. Era sorprendente lo guapa que se volvía cuando dejaba de parecer adusta, desconcertada y un tanto perdida. Era una chica baja y curvilínea, compuesta toda ella de redondeces: la suave pendiente de pechos y vientre, el mórbido engrosamiento de la parte superior de brazos y muslos, la sorprendente delicadeza de muñecas y tobillos. Sus ojos eran muy azules, y su largo cabello, que antes había sido de natural castaño como la hierba del jardín, era ahora de una docena de tonos verdes y azules, como los de un pez tropical.

(Su cabello volvería a ser castaño si su estancia en la escuela se prolongaba, si se mantenía seca. Eleanor había conocido a otros chicos que habían atravesado la puerta de

Cora y sabía, aunque jamás se lo diría a ella, que el día en que el verde y el azul comenzasen a perder intensidad —ya fuese mañana o dentro de un año— sería el día en que la puerta se cerrara para siempre, y Cora quedaría varada definitivamente en esta costa que ahora le resultaba tan ajena).

—Todo el mundo ha sido amabilísimo —aseguró Cora—. Kade dice que sabe dónde cae mi mundo en el Planisferio, y me va a ayudar a hacer averiguaciones sobre otros que han ido allí. Esto... y Angela me presentó a las demás chicas y unas pocas también fueron a mundos acuáticos, así que tenemos montones de cosas de las que hablar.

—Eso es estupendo —dijo Eleanor de corazón—. Si necesitas algo me lo dirás, ¿verdad? Quiero que todos mis alumnos se sientan a gusto.

—Sí, señora —respondió Cora. Su rostro se fue apagando. Se mordió el labio mientras guardaba el móvil en el bolsillo—. Tengo que marcharme. Esto... Nadya y yo vamos a ir al estanque.

—Por favor, recuérdale que coja una chaqueta. Se acata-rra enseguida.

Eleanor se apartó a un lado para que Cora pudiera alejarse a toda prisa. Ya no era capaz de seguir el ritmo de los alumnos; suponía que eso era bueno: cuanto antes se le agotasen las fuerzas, antes podría regresar a su hogar.

Pero, uf, estaba cansada de envejecer.

Cora se apresuró escaleras abajo, con los hombros ligeramente encogidos, a la espera de alguna burla o algún insulto que no recibió. En las seis semanas transcurridas desde su llegada a la escuela, nadie la había llamado «gorda»

como si esta palabra fuese sinónimo de «monstruo», ni siquiera una vez. Kade, que hacía las funciones de sastre de manera extraoficial y contaba con un buen surtido de prendas —abandonadas por los alumnos que se habían marchado, algunas con décadas de antigüedad—, la había observado de arriba abajo y dictaminado un número que, en su fuero interno, a Cora casi la había hecho desear morir, hasta que se dio cuenta de que en el tono de Kade no había censura alguna: su única intención era que la ropa le sentase bien.

Los demás alumnos se tomaban el pelo, discutían y se llamaban de todo, pero esos calificativos siempre tenían que ver con las cosas que habían hecho o los lugares que habían visitado, no con su propia persona. A Nadya le faltaba el brazo derecho por debajo del codo, pero nadie la llamaba «manca», «lisiada» ni ninguna de las otras cosas que Cora sabía con certeza la hubiesen llamado de haber asistido a su anterior escuela. Era como si todos hubieran aprendido a ser un poco más amables o, al menos, un poco más precavidos al fundamentar sus juicios.

Cora había estado gorda toda la vida. Había sido un bebé gordo, una nenita gorda cuando empezó a ir a clases de natación y, más adelante, una niña gorda en la escuela de primaria. Día tras día había aprendido que «gorda» era otra manera de decir «despreciable, fea, mostrenca, superflua, asquerosa». Para cuando llegó a tercero ya había empezado a creérselo, porque ¿qué otra cosa podía hacer?

Entonces cayó en las Fosas (no pienses en cómo llegó allí no pienses en cómo pudo regresar ¡no lo pienses!) y de pronto pasó a ser hermosa. De pronto era fuerte, estaba protegida del frío glacial de las aguas y era capaz de zam-